

de un señor de frac

aquel momento y trata de sortear las malas jugadas de la memoria, la ausencia de sus notas perdidas, para contarnos su vivencia del advenimiento del nazismo en **Pero ¿qué será de este muchacho?** Böll quiso vivir fuera de la norma en un Estado en el que era casi imposible hacerlo sin exponerse a lo peor. No tenía madera de héroe. Al contrario, «sabía que caería en el engranaje, que no tendría la fuerza ni el valor para sustraerme a los dos uniformes del momento», el de las Juventudes Hitlerianas, primero, y el de soldado, más tarde. ¿De dónde surge entonces el ánimo de resistencia? Crecido en Colonia en una familia atípica, a todos los desaires propios de la adolescencia sumaba una rebeldía provocada por la precariedad de su entorno: «Después del 30 de enero de 1933 se produjo una especie de milagro económico... Sería demasiado eufemístico decir que vivíamos "al día". Lo que es seguro es que vivíamos por encima y por debajo de nuestras posibilidades». Su ánimo de resistente «tenía que ver con la situación social totalmente indefinida en que nos encontramos: las severísimas dificultades económicas, ¿sólo nos habían rebajado de clase social o nos habían excluido de toda clase?». Los despeñados por el mal económico de ahora se formulan cada día la misma pregunta que aquel adolescente resuelto a convertirse en escritor, volcado en los libros

—«estábamos lo bastante locos para seguir comprando libros y leerlos»— y que destaca lo mucho que un ejercicio escolar orientado a «condesar aquel alemán nefando e intrincado» que Hitler emplea en su **Mein Kampf** le sirvió para adquirir «una cierta aptitud para la lectura y la concisión». Su familia salió adelante en ese tiempo inclemente en el que «la supervivencia material se sobreponía a la supervivencia política».

Con el juicio y lenguaje de un adulto que habla ya desde la perspectiva de casi medio siglo de historia, Böll retrata al adolescente que fue como un precoz «desertor interior», una actitud que teñirá toda su trayectoria posterior, marcada por el distanciamiento crítico de la sociedad alemana y la visión mordaz de un entorno del que reniega y del que se nutren **Opiniones de un payaso, Retrato de grupo con señora** o esa crítica feroz de la prensa amarilla que es **El honor perdido de Katharina Blum**.

En su relato vivencial de la llegada de Hitler, Böll deja constancia de que «no nos gustaba Berlín desde que los nazis lo tomaron». A la capital alemana había regresado, poco antes de que comenzara a gestarse la descomunal tragedia que dejará una huella imborrable en la humanidad, una joven pareja de filósofos a la que ciertos momentos de comunión intelectual sirven de escape a la penuria material en la que se mueven. **Günther Anders** detalla este vínculo en **La batalla de las cerezas. Mi historia de amor con Hanna Arendt**, que incluye un muy recomendable epílogo académico de **Christian Dries**. Arendt y su marido vivirán poco tiempo en Berlín. Él huirá a París tras el incendio del Reichstag y ella lo seguirá más tarde, tras un breve paso por la central de la Gestapo en Alexanderplatz. El exilio forzará que siga la convivencia entre un hombre enamorado y una mujer que quiere a otro. El matrimonio no ha mermado la pasión de Hanna Arendt por **Martin Heidegger**, el maestro que dejó en ella una indeleble impronta intelectual y vital, convertido en preboste académico del nuevo régimen y cuya forma de comportarse muestra, parafraseando a **Steiner**, que se puede ser a la vez un gran filósofo y un miserable.



La batalla de las cerezas
GÜNTHER ANDERS
Paidós, 2013; 156 páginas.

Ramón

Medio siglo de la muerte de **Gómez de la Serna**



FERNANDO GRANDA

«Aburrimiento es sentimiento de burro». Esta greguería atrajo mi atención adolescente cuando la leí publicada en el diario «ABC». Intenté entonces averiguar quién era su autor, quién escribía aquellas frases sorprendentes lejos de la seriedad del vetusto periódico. Y me encontré con **Ramón Gómez de la Serna**, un personaje cuyas fotos mostraban a un señor vestido, para mí, a la antigua, con pajarita, sombrero y trajes demodés. Pura contradicción con su escritos surrealistas y, pasados los años, quizá un adelantado a su tiempo, porque sus greguerías tal parecen excelentes textos para tuitear hoy.

Se cumple ahora medio siglo de la muerte de Ramón (cuyos restos llegaron a Madrid procedentes de Buenos Aires el 23 de enero de 1963), quien también me llamó la atención porque celebrábamos el cumpleaños el mismo día. A partir de aquella agudeza humorística buscaba siempre la publicación de sus escritos. Y releí su biografía, aunque nunca tuve la certeza de que fuera real tal como brincaba en sus vivencias.

Gómez de la Serna fue un precoz escritor madrileño que habitó en barrios descritos por **Pío Baroja**, con el que no se llevaba bien, era sobrino de literatos como **Carolina Coronado** y **Corpus Barga**, estudió Derecho en la Universidad de Oviedo, fue autor de novelas, biografías, ensayos, teatro, y publicó reportajes, artículos, crónicas circenses y greguerías en una decena de publicaciones. Ocupó el puesto de oficial técnico de la Fiscalía del Tribunal Supremo, al que acudía asiduamente; fundó la revista «Prometeo», presidía la tertulia conocida como la «Sagrada cripta del Pombo», que se reunía los sábados en un bar cerca de la Puerta del Sol; Unión Radio le instaló un micrófono en su casa para que hablase directamente a las ondas, y fue un damnificado de los re-

cortes/ajustes en la Administración del general **Primo de Rivera**. Como se observa, todo un pionero.

Víctima de un error informativo, los diarios madrileños al parecer publicaron su muerte el 15 de septiembre de 1927. Parientes y amigos propusieron su candidatura al premio Nobel. También fue un precursor de un estilo de vida que triunfó en la juventud décadas después, pues salía de marcha a partir de las diez de la noche para regresar bien entrada la madrugada. Pienso que podría ser el posible inspirador de **Jack Dorsey**, el que «inventó» los «tuits» en 2006. Claro que sus greguerías creo que eran mejores que muchas de las frases que figuran en

Quizá fue un adelantado a su tiempo, porque sus greguerías tal parecen excelentes textos para tuitear hoy

los modernos aparatos electrónicos. Y Ramón era un moderno hombre de la calle cuando escribía cosas como estas: «Hay tipos a los que es tan difícil sacarles una idea de la cabeza como el tapón que se ha hundido en la botella» o «La historia es un pretexto para seguir equivocando a la humanidad».

Su filosofía humorística alcanzaba los más diversos temas («En las grandes solemnidades llenas de personajes uniformados parece que hay algunos repetidos»), materias («Los cerros son los huevos de los que salieron las demás cifras»), circunstancias («Los recuerdos encogen como las camisetas»), modas («Al cine hay que ir bien peinado, sobre todo por detrás») o situaciones («La gallina está cansada de denunciar en la comisaría que le roban los huevos»). Y es tan actual que sigue en pie su terrible denuncia: «Los que matan a una mujer y después se suicidan debían variar el sistema: suicidarse antes y matarla después».

La profunda mirada de Denton Welch

De **Denton Welch** (1915-1948) dejó dicho **William Burroughs** que pintaba todo aquello que se le ponía al alcance de la mano o de los ojos. Tal vez sea, en efecto, esa capacidad para deglutir hasta los gestos más triviales y devolvérselos al mundo trascendidos por su exacerbada sensibilidad el rasgo más característico del malogrado escritor y pintor inglés cuya obra está recuperando con mimo la editorial **Alpha Decay**.

Quienes recuerden la primera entrega de la «biblioteca Denton Welch» —aquel **En la juventud está el placer** (1944, 2011) en el que el autor estremecía, divertía y cautivaba al lector con las vivencias de sus vacaciones veraniegas de quinceañero— enlazarán de inmediato con el personaje que, ahora, un año después, recorre las páginas de **Primer Viaje** (1943). Un trimestre en un internado y un viaje a China para ver a su padre, en vísperas de la II Guerra Mundial, son toda la excusa argumental que necesita Welch para poner en pie un mundo arrebatado que ningún lector sensato dejará pasar.

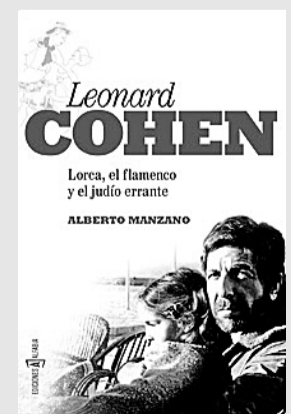


Primer viaje
DENTON WELCH
Traducción de Albert Fuentes
Alpha Decay
400 páginas
22,90 euros

Un potente chorro de luz sobre Cohen

En su discurso de aceptación del premio «Príncipe de Asturias» de 2011, **Leonard Cohen** confesó que fue la lectura de **Lorca** la que en su adolescencia le permitió encontrar un cauce para su propia voz, algo que, añadió, no había conseguido leyendo a los poetas anglosajones. La música que ha acompañado durante décadas a esa voz, prosiguió Cohen, nació de una progresión flamenca de seis acordes que le enseñó en dos tardes un joven gitano que se suicidaría poco después.

A partir de esta doble confesión, **Alberto Manzano** —cuya vinculación con el judío Cohen y su obra, que ha traducido al castellano, viene de muy lejos— compone una enjundiosa trama que, arrancando de los orígenes y errancias de judíos y gitanos, se interna con agilidad y gran cintura intelectual en los vericuetos de la labor creativa de Cohen. Sin perder de vista el triángulo que delimita su área de juego, Manzano, que participó en la grabación del mítico **Omega** de **Morente**, arroja un potente chorro de luz sobre el canadiense universal.



Leonard Cohen
Lorea, el flamenco y el judío errante
ALBERTO MANZANO
Alfibia
322 páginas
21,84 euros